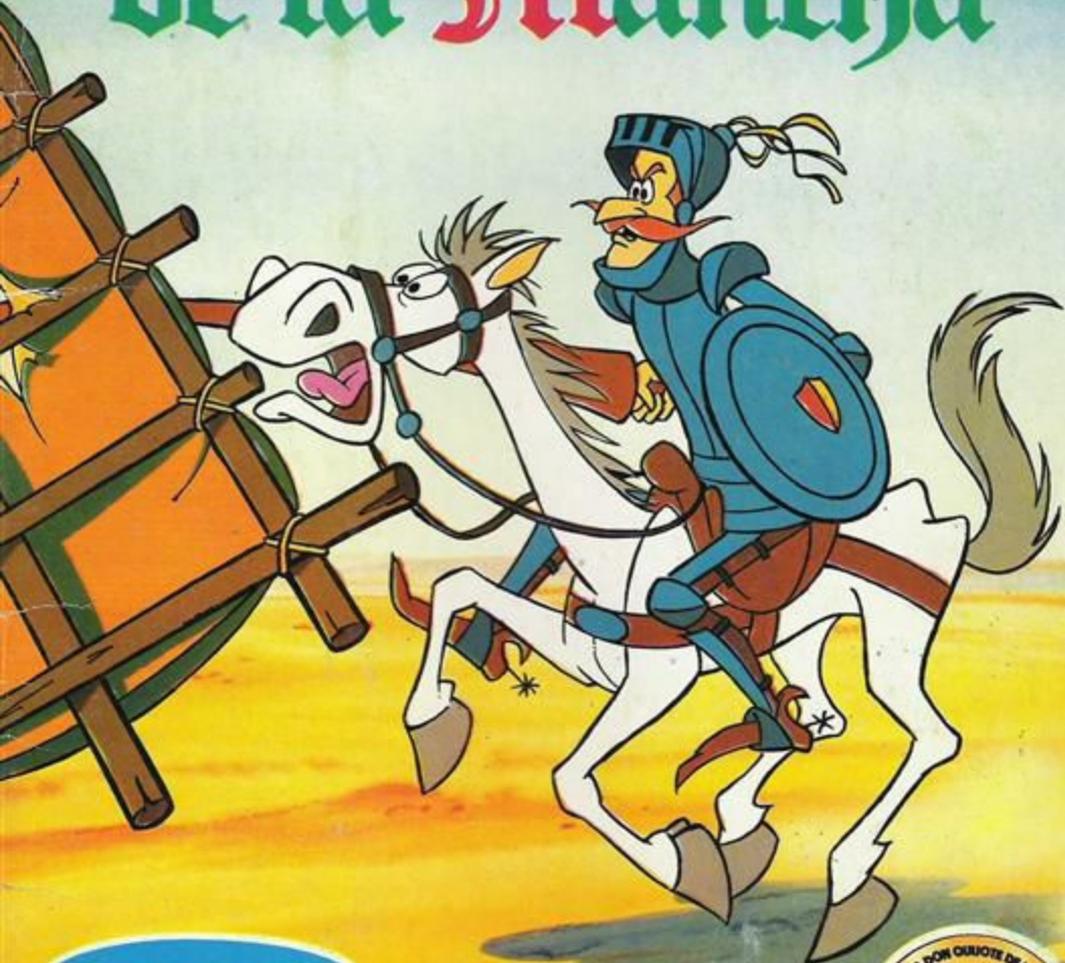


Don Quijote de la Mancha



DANONE





Don Quijote de la Mancha

«EN UN LUGAR DE LA MANCHA, DE CUYO NOMBRE NO QUIERO ACORDARME».

¡Hola pequeño aventurero! Seguro que ya has oído esta frase en más de una ocasión.

Es el comienzo de una inmortal obra, escrita por Miguel de Cervantes Saavedra, un famoso novelista que nació en 1547 en Alcalá de Henares y que, antes de morir, nos dejó una de las más grandes creaciones literarias del mundo: DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

En su novela, Cervantes, relata las aventuras de un hidalgo que, influenciado por los libros de caballería —que había leído durante muchas horas y horas, días y años de su vida decidió hacerse caballero andante.

Preparó su armadura, sacó de la cuadra su débil caballo y, acompañado de su fiel escudero Sancho, se echó al monte y algún que otro llano con la ilusión de arreglar el mundo, y no sin antes inventarse una «dama» imaginaria de la que estaba terriblemente enamorado y a quien ofrecía la victoria de todas sus batallas.

Se ha dicho que los dos personajes esenciales de esta novela, Don Quijote y Sancho Panza, son un ejemplo claro del carácter español.

Por un lado, la actitud de Don Quijote muestra el espíritu caballeresco, romántico, soñador y visionario de los españoles.

Y de otro, Sancho, refleja su sentido práctico, positivo, un tanto fatalista y lleno de superstición.

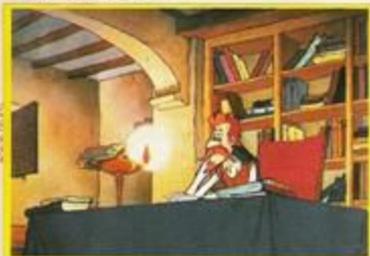
Nosotros creemos que los valores de ambos son tan grandes que no tienen fronteras, que no se pueden quedar a medio camino, en un solo pueblo, en un solo lugar, si no que fácilmente alcanzan una dimensión universal.

Pero, en cualquier caso, esperamos que te guste esta nueva versión de Don Quijote. Nos atrevemos a asegurar que disfrutarás con ella, que te divertirás y que, al contrario de nuestro admirado escritor, desearás acordarte del nombre de aquel maravilloso escenario más de una vez.

En un lugar de la Mancha...



1. En un lugar de la Mancha, vivía un hidalgo de los de lanza en astillero...



2. ...se daba a leer libros de caballerías con tanta afición, que olvidó el ejercicio de la caza...



3. «No aguardaré más tiempo a poner en efecto mi pensamiento, pues son muchos los agravios que endurezaron...»



4. «¡Animo, Rocinante, que ahí hay un castillo con sus cuatro capiteles y honda cava...!»



5. Don Quijote velaba sus armas, esperando que amaneciese para ser armado caballero.

En un lugar de la Mancha, vivían un hidalgo, su sobrina y el ama.

Se llamaba nuestro caballero don Alonso Quijano. Era madrugador y amigo de la caza. Pero los ratos que estaba ocioso, leía libros de caballerías con tanta afición, que olvidó todo lo demás. Así, del poco dormir y del mucho leer, perdió el juicio...

—«La razón de la sinrazón que a mi razón se hace —declamaba—, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de vuestra hermosura...»

Rematado ya su juicio, decidió hacerse caballero andante.

—«Iré por todo el mundo en busca de aventuras. Desharé agravios, y cobraré eterno nombre y fama...»

Lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos. Fue luego a ver a su rocín, al que puso por nombre ROCINANTE, queriendo él mismo llamarse DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

No le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse.

Había en un lugar cerca del suyo una labradora de muy buen parecer, llamada Aldonza Lorenzo, y, buscándole un nombre que sonara como de princesa, la bautizó DULCINEA DEL TOBOSO.

Una mañana del mes de julio, sin que nadie le viese, montó sobre Rocinante, y salió al campo de Montiel.

Al anochecer, vio una venta, que a él le pareció castillo, donde decidió que el alcalde de aquella fortaleza le armase caballero.

Después de una accidentada cena, a causa del morrión que llevaba ajustado en la cabeza, se puso a velar sus armas en el patio de la venta.

Pero uno de los arrieros que allí paraban, quiso coger agua para su recua, y tiró las armas de don Quijote, que estaban sobre el pozo, el cual, viendo lo que el otro hacía, exclamó:

—«¡Oh tú, atrevido caballero, no toques mis armas, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento!»



6. «¡No toques mis armas, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento!»



Don Quijote es armado caballero

Don Quijote dio una zurra al desconsiderado arriero, y el dueño de la venta, temiendo otro desaguisado, se apresuró a armarle caballero.

Amanecía cuando don Quijote salió de la venta. Al atravesar un bosque, oyó voces lastimeras. Un labrador azotaba a un muchacho, reprendiéndole:

—«Has de tener la lengua queda y los ojos listos.»

—«Descortés caballero —le increpó nuestro hidalgo—, mal parece tomarla con quien no se puede defender.»

Juan Haldudo —el labriego— explicó que el muchacho le guardaba un rebaño de ovejas, y era tan descuidado, que cada día le faltaba una; pero Andrés —que así se llamaba el chico— dijo que su amo le debía sesenta y tres reales, y no se los quería pagar.

Don Quijote hizo prometer al labriego que se los pagaría. Picó a Rocinante y se alejó. En cuanto Juan Haldudo se vio libre, quiso volver a castigar a Andrés, pero un cuervo, que estaba observando, la emprendió a picotazos con el picaro y le hizo huir a toda prisa.

Al encontrarse con un grupo de mercaderes, don Quijote se imaginó ser cosa de nueva aventura...

—«Ténganse todos, si no confiesan que no hay en el mundo doncella más hermosa que Dulcinea del Toboso.»

Uno de los mercaderes le contestó:

—«Muéstrenos algún retrato suyo, que, aunque sea tuerta y legañosa, diremos en su favor lo que quisieros.»

Nuestro caballero, encendido de cólera, arremetió contra el imprudente, pero Rocinante tropezó con una piedra, derribando a su amo. Acertó a pasar por allí Sancho Panza, y al reconocer a su vecino, le montó en su borrico y se lo llevó al pueblo.

En casa del hidalgo andaban alborotados. La sobrina comentó las últimas locuras de su tío:

—«Andaba a cuchilladas con las paredes, y decía que había muerto a cuatro gigantes...»

Cuando Sancho trajo a don Quijote, malparado de su aventura con los mercaderes, le acostaron y le dejaron dormir. El cura, el barbero, la sobrina y el ama decidieron quemar los libros de caballerías, que habían trastornado el juicio del bueno de don Alonso Quijano.



7. «Y ahora, hincaos de rodillas, y empecemos la ceremonia.»



8. «Has de tener la lengua queda y los ojos listos.»



9. Apenas divisó don Quijote a los mercaderes, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura.



11. «Andaba a cuchilladas con las paredes, y decía que había muerto a cuatro gigantes...»

10. Al anochecer, don Quijote y Sancho llegaron a casa del hidalgo...



12. «Tome vuestra merced, señor licenciado, y vamos a quemar todos éstos malditos libros de caballerías.»



DANONE

Página 2

La aventura de los molinos de viento



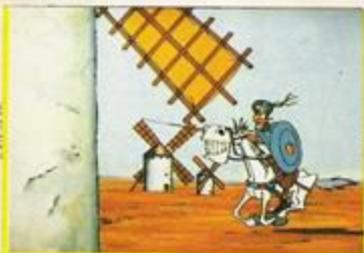
13. El fuego consumió la mayor parte de los libros que nuestro hidalgo atesoraba en su aposento.



14. Al amanecer, se tuvieron por seguros de que no los encontrarían aunque los buscasen.



15. «Con esos desafortunados gigantes entraré en batalla, que es buen servicio quitar tan mala simiente de la tierra.»



16. «¡No buséis, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete!»



17. Toda aquella noche no durmió pensando en su señora Dulcinea...

Entraron en el aposento de los libros y los arrojaron a un patio, donde les prendieron fuego. Después, tapiaron el aposento, diciendo a don Quijote que un encantador se lo había llevado todo.

Pasaron quince días, en los cuales el hidalgo estuvo tranquilo, charlando de andanzas caballerescas con el cura, el barbero y Sancho, al que convenció para que fuese su escudero, prometiéndole el gobierno de una insula.

Sin despedirse don Quijote de su sobrina y del ama, ni Sancho de su mujer Teresa y de su hija Sancho, una noche se fueron los dos sin que nadie los viera, y caminaron tanto que, al amanecer se tuvieron por seguros de que no los encontrarían aunque los buscasen.

Al cabo, descubrieron varios molinos, con sus aspas girando, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

—«Con esos desafortunados gigantes entraré en batalla, que es buen servicio quitar tan mala simiente de la tierra.»

—«Mire vuestra merced —replicó Sancho— que aquellos no son gigantes, sino molinos de viento.»

Pero don Quijote arremetió con el molino que estaba delante, el cual volteó las aspas con tanta furia, que se llevó tras de sí al caballo y al caballero.

—«¿No le dije que no eran gigantes?»

—«Calla, amigo Sancho, que el sabio Frestón que me robó los libros, ha vuelto esos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento.»

Siguieron el camino del Puerto Lápice, y toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea.

Al día siguiente, encontraron a unos pasajeros, y detrás de ellos venía un coche, y un mozo de mulas. Al ver aquella comitiva, exclamó don Quijote:

—«Aquellos bultos negros son, sin duda, encantadores, que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche.»

Y se plantó en mitad del camino, gritando:

—«Gente endiablada y descomunal, dejad a la princesa, si no, preparaos a recibir el castigo de vuestras malas obras.»



18. «Aquellos bultos negros son, sin duda, encantadores, que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche...»



La aventura con los yangüeses

Todos los de la comitiva huyeron asustados por las amenazas de aquel extraño caballero, todos, menos el mozo de mulas, que era vizcaíno, el cual, enfrentándose gallardamente a don Quijote, le dijo:

—«Anda caballero que mal andes, que si no dejas el coche, te las verás conmigo.»

Don Quijote, con su espada y rodela, y el vizcaíno, con otra espada —defendiéndose de los maldobles de su rival con una almohada que cogió del coche— se enzarzaron en feroz batalla, de la que resultó vencedor el hidalgo mandeygo, quien perdonó a su enemigo a cambio de que éste se fuera al Toboso, a ponerse a disposición de la hermosa Dulcinea.

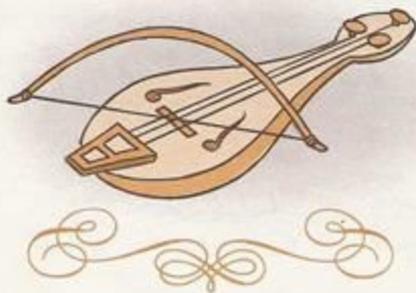
Diéronse prisa después caballero y escudero por llegar a poblado antes de que amociesciese, y llegaron a una choza de unos cabreros, con los que pasaron la noche en amigable compañía. Uno de los cabreros, llamado Ambrosio, cogió su laúd y entretuvo a sus huéspedes, cantándoles una triste canción pastoril en la que se relataban los amores del pastor Grisóstomo y su amada Marcela.

A la mañana siguiente, don Quijote y Sancho prosiguieron su camino y entraron en un bosque. Se apearon allí, dejando al jumento y a Rocinante pacer de la mucha yerba que en un prado había, y ellos comieron los alimentos que el escudero llevaba en sus alforjas.

Andaba por aquel valle paciendo una manada de jacas de unos arrieros yangüeses. Rocinante puso los ojos en una de ellas, que le pareció la más bonita y, tomando un trotecillo alegre, se fue a cortejarla, pero los yangüeses acudieron con sus estacas y le molieron a palos.

Don Quijote y Sancho corrieron en ayuda del pobre Rocinante, recibiendo el mismo trato que éste.

Después de esta desafortunada aventura, y cuando los yangüeses se hubieron alejado con sus jacas, don Quijote y Sancho, molidos y quebrantados, llegaron a una venta y entraron en ella.



23. Los yangüeses la emprendieron a palos con el pobre y enamorado Rocinante...



22. Rocinante puso sus ojos en una bella jaca...



24. Al fin, molidos y quebrantados, llegaron a la venta y entraron en ella...



19. «Fíndete, villano, si no, te cortaré la cabeza.»



20. «He ahí una choza de unos cabreros, que están al amor de la lumbre.»



21. «Voy a cantar la canción que el pastor Grisóstomo dedicó a su amada Marcela...»

DANONE

Página 4



25. «¿Qué es caballero aventurero?»



26. Don Quijote preparó el bálsamo de Fierabrás...



27. «Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero.»



28. «Los caballeros andantes jamás pagaron posada.»



29. Los arrieros echaron a Sancho sobre una manta y lo mantearon de lo lindo.

El manto de Sancho

Entre Sancho y el ventero llevaron a don Quijote al camaranchón de los huéspedes. Maritornes, que era la moza que trabajaba en aquella venta, curó a caballero y escudero de sus heridas. Ella no sabía nada de caballeros andantes...

—«¿Qué es caballero aventurero?», preguntó, y Sancho, admirado de su ignorancia, se lo explicó en seguida.

Don Quijote preparó un salutífero bálsamo siguiendo la receta que había leído en sus libros caballerescos y que, según él, lo curaba todo. Era el bálsamo de Fierabrás. En cuanto lo bebió, cayó redondo sobre su camastro y estuvo durmiendo durante varias horas.

Admirado Sancho de la virtud de aquel misterioso licor, quiso probarlo, pero cuando lo hizo, se puso malísimo. Don Quijote, que ya se había despertado, comentó:

—«Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero.»

Al día siguiente, al salir de la venta, Juan Palomeque —que así se llamaba el ventero— reclamó a don Quijote la paga por la posada. Nuestro caballero se sorprendió mucho, porque había creído que aquello era un castillo, pero respondió:

—«Los caballeros andantes jamás pagaron posada», y picando a Rocinante, abandonó la venta, pero los arrieros que allí estaban cogieron a Sancho, lo echaron sobre una manta y lo mantearon de lo lindo.

Llegó Sancho a su amo tan desmayado, que no podía arrear a su jumento. Cuando le vio así don Quijote, dijo:

—«Aquel castillo está encantado, porque los que te mantearon no podían ser sino fantasmas. Pues no pude saltar las barlas del corral para ayudarte, porque me debían tener encantado.»

En esto, vieron que por el camino se acercaba una espesa polvareda, don Quijote se volvió a Sancho, afirmando:

—«Ese es el ejército del gran emperador Alifanfarón de la Trapobana.»



30. «Este ejército es del gran emperador Alifanfarón de la Trapobana...»



DANONE

Los ejércitos que eran ovejas

Estaba Sancho sorprendido, pues no descubría ningún ejército.

—«¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines?»

—«No oigo —replicó Sancho— sino ballidos de ovejas.»

—«El miedo te hace que ni veas ni oigas a derechas.»

Y diciendo esto, puso espuelas a Rocinante...

—«¡Ea, caballeros del valeroso Pentapolín del Arremangado Brazo, seguidme todos!»

Entró por medio del escuadrón de ovejas, y las alanceó como si fueran enemigos. Los pastores que venían con la manada, le apedrearon con sus hondas, derribándole del caballo. Viéndose maltrecho, sacó una alcuza en la que guardaba el bálsamo de Fierabrás y fue a beberlo, pero una piedra le dio en la mano y la alcuza voló por el aire.

Subió don Quijote sobre Rocinante y Sancho sobre el Rucio, y ambos siguieron el camino, donde les alcanzó la noche.

Daba Sancho diente con diente al acercarse varios encapuchados, con hachas encendidas, y detrás una litera enlutada.

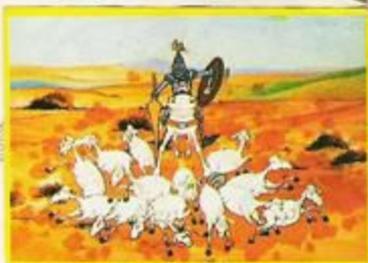
A don Quijote se le representó que sobre aquellas andas debía de ir algún cautivo, y arremetió contra los encapuchados, que salieron huyendo. Sancho les gritó que su amo era EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA. A don Quijote le gustó aquel apelativo, y decidió llamarse así en adelante.

A poco, llegaron a un valle, donde se apearon para buscar un arroyuelo donde saciar la sed... En medio de la oscura noche, oyeron ruidos extraños y crujir de hierros. Se levantó un fuerte viento, y la rama desgajada de un árbol golpeó al asustado Sancho en las posaderas.

Al amanecer, don Quijote descubrió que los temerosos ruidos eran causados por los mazos de un batán, movidos por el agua que, de una cascada, se despeñaba desde unos riscos. Sancho y él se rieron muchísimo.

Al dejar aquellos parajes, vieron a un hombre que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y que no era sino una bacía que el viajero —que era barbero— se había puesto para resguardarse de la lluvia que empezaba a caer. Abalanzándose sobre él, don Quijote le conminó:

—«¡Defiéndete, cautiva criatura, o entrégame voluntariamente el yelmo de Mambrino!»



31. «¡Ea, caballeros del valeroso Pentapolín del Arremangado Brazo, seguidme todos...!»



32. Don Quijote cargó contra los encapuchados, creyendo que en aquella litera llevaban a un cautivo...



33. El viento desgajó la rama de un árbol, que golpeó al asustado Sancho en las posaderas.



35. Aquel hombre traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro...



34. Don Quijote descubrió que los extraños y temerosos ruidos eran causados por los mazos de un batán...



36. «¡Defiéndete, cautiva criatura, o entrégame voluntariamente el yelmo de Mambrino!»



DANONE

La aventura de los galeotes

El barbero saltó de su burro y huyó, con lo que la bacía quedó en poder de don Quijote, y la albarda y las alforjas del pollino fueron para Sancho, por derecho de conquista.

Algún tiempo después, vieron a unos guardianes que custodiaban a varios presos.

—«Esa es cadena de galeotes, gente forzada, que va a galeras», explicó Sancho.

Don Quijote preguntó a los guardianes qué fechorías habían cometido aquellos presos. Estos mismos le contestaron, y el último, que se llamaba Ginés de Pasamonte, resultó el más peligroso de todos.

El Caballero de la Triste Figura, compadecido de aquellos desdichados, rogó a sus guardianes que los dejaran ir en paz.

—«¡Qué majadería! Váyase vuestra merced y enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato.»

—«¡Vos sois el gato y el bellaco», replicó don Quijote arremetiéndole. Viendo la ocasión de escapar, los galeotes desarmaron al otro guardián y huyeron, pero don Quijote los detuvo...

—«Id al Toboso y decidle a Dulcinea que el Caballero de la Triste Figura os ha puesto en libertad.»

Los galeotes apedrearon a su libertador, dejándole malparado.

Sancho temía que la Santa Hermandad buscara a don Quijote por haber soltado a los forajidos, y convenció a su amo para ocultarse en Sierra Morena. Lo malo fue que Ginés andaba escondido por aquellos parajes y, al verlos dormir al abrigo de unas peñas, se les acercó sigilosamente, se llevó el Rucio y huyó con él. Don Quijote persiguió al ladrón, pero Rocinante tropezó —como solía ocurrirle— derribando a su jinete.

Sancho se desesperó de la falta de su burro...

—«¡Mi Rucio, que le quería como a un hijo! ¡Se lo ha llevado! ¡Nunca lo volveré a ver!»

En esto, vieron que Rocinante husmeaba algo entre unos matorrales. Era una vieja maleta estropeada que algún viajero debió perder, y que contenía escudos de oro...

—«¡Gracias al Cielo, que al fin tenemos una aventura de provecho!», exclamó Sancho muy contento.

Había también un librito de apuntes, en el que don Quijote escribió una carta a Dulcinea, para que Sancho se la llevase al Toboso, mientras él hacía penitencia entre aquellas peñas, como solían hacer los caballeros andantes. Don Quijote terminó su misiva con estas palabras: «Tuyo hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura.» Luego se puso a dar zapatatetas y tumbas cabeza abajo, exclamando:

—«¡Oh solitarios árboles, que desde hoy habéis de hacer compañía a mi soledad!»



37. Don Quijote vio que unos guardianes custodiaban a varios presos, que iban condenados a galeras.



38. Don Quijote persiguió a Ginés de Pasamonte, pero Rocinante tropezó en una piedra, derribando a su jinete.



39. «¡Mi Rucio, que le quería como a un hijo! ¡Se lo ha llevado! ¡Nunca lo volveré a ver!»



40. «¡Gracias al Cielo, que al fin tenemos una aventura de provecho!»

42. «¡Oh solitarios árboles, que desde hoy habéis de hacer compañía a mi soledad!»



41. «Tuyo hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura.»



DANONE

Principales Personajes



Don Quijote y Rocinante



Dulcinea del Toboso



La sobrina



El ama



«TENTE, LADRON, MANDRIN, QUE AQUI
TE TENGO, Y NO HA DE VALER TU
CIMARRA»



Sancho Panza y el Rucio



Cervantes



El cura



El barbero

La Princesa Micomicona

Sancho se puso camino del Toboso, y llegó a la venta donde le habían mantenido. Salieron de ella el cura y maese Nicolás —el barbero—, que estaban buscando a don Quijote. Al ver a Sancho, le llamaron:

—«Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda tu amo?»

Sancho les contó que don Quijote estaba en Sierra Morena, haciendo penitencia por su dama.

El cura pensó que la mejor manera de llevar a don Alonso a su casa, era que maese Nicolás se disfrazase de doncella menesterosa y él mismo de su escudero, y así la doncella pediría un don al caballero, que éste le otorgaría a buen seguro.

La ventera vistió al barbero con unas tocas y una saya, y el cura se pegó una barba postiza, para que don Quijote no los reconociera.

—«¡Es el mejor disfraz que he visto nunca!», rió el ventero.

Entretanto, Sancho descansaba de su viaje, y soñó que iba al Toboso, a llevar el mensaje de don Quijote, y en su sueño, dijo a Dulcinea:

—«Soberana señora: Vengo de parte de don Quijote de la Mancha, el Caballero de la Triste Figura.»

Fue tan real aquel sueño, que el simpión de Sancho creyó que había estado en el Toboso y entregado a Dulcinea la misiva de su señor.

A la mañana siguiente, el cura y el barbero se fueron con Sancho, a poner en marcha el plan que habían pensado, pero antes de encontrar a don Quijote, vieron a una doncella, llamada Dorotea, a quien contaron lo que allí se llevaba, y ella se ofreció a interpretar el papel del barbero.

Descubrieron a don Quijote entre unas peñas, y así como Dorotea le vio, se hincó de rodillas y le dijo:

—«De aquí no me levantaré, valeroso caballero, hasta que vuestra bondad me otorgue un don.»

Don Quijote le preguntó cómo podía complacerla.

—«Sólo hay que matar a un gigantazo, y quien lo pide es la Princesa Micomicona», dijo Sancho.

Otorgado el don por don Quijote, emprendieron todos el camino del imaginario reino de Micomición.



53. «Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda tu amo?»



54. «¡Es el mejor disfraz que he visto nunca!»



55. Sancho soñó que iba al Toboso, a llevar a Dulcinea el mensaje de don Quijote...



56. «Soberana señora: Vengo de parte de don Quijote de la Mancha, el Caballero de la Triste Figura.»

57. «De aquí no me levantaré, valeroso caballero, hasta que vuestra bondad me otorgue un don.»



58. Y así, todos juntos emprendieron el camino del reino de Micomición.



DANONE



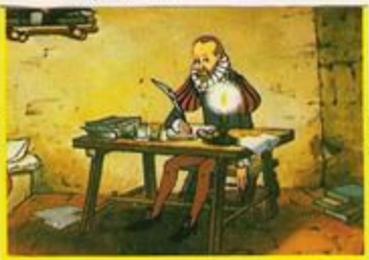
59. En esto, vieron venir por el camino a Ginés de Pasamonte, que montaba el rucio de Sancho.



60. «¡Ah, ladrón Ginesillo! ¡Deja mi asno! ¡Huye y abandona lo que no es tuyo!»



61. «¿Cómo has estado, Rucio de mis ojos, compañero mío?»



62. «Y sin que les sucediesen más cosas dignas de contarse, llegaron a la venta.»



63. «Ya no existen en el mundo aquellos famosos caballeros andantes.»

Sancho recobra el Rucio

En esto, vieron venir a Ginés de Pasamonte, que montaba el rucio de Sancho. Se había disfrazado de gitano, para que nadie le conociese. Le vio Sancho, le conoció, y a grandes voces le dijo:

—«¡Ah, ladrón Ginesillo! ¡Deja mi asno! ¡Huye y abandona lo que no es tuyo!»

Viéndose descubierto, Ginés saltó del borrico y, a la carrera, se alejó de todos.

—«¿Cómo has estado, Rucio de mis ojos, compañero mío?»

Sancho besaba y acariciaba a su asno como si fuera una persona. Llegaron todos y le felicitaron.

Mientras tanto, contó el cura a Dorotea la manía de Don Quijote por los libros caballerescos, y cómo por su causa había perdido el juicio. La doncella prometió que los acompañaría hasta la aldea de don Alonso y, una vez allí, ella volvería a su casa, después de dejar al hidalgo al cuidado de la sobrina y el ama.

Sin que les sucediesen más cosas dignas de contarse, llegaron a la venta, de donde habían partido el día anterior en busca de don Quijote.

La ventera, el ventero y Maritornes, cuando vieron venir al caballero le recibieron con muestras de alegría, y le prepararon un lecho en el mismo camaranchón donde ya había dormido la primera vez que llegó allí.

Mientras don Quijote descansaba, el cura, el barbero y el ventero trataron de la extraña locura del hidalgo y del modo que le habían encontrado.

—«Ya no existen en el mundo aquellos famosos caballeros andantes», dijo el ventero, que era muy aficionado a la lectura de los libros de caballerías.

Sancho había subido a ver si descansaba su amo y, al cabo de poco rato, bajó gritando:

—«¡Acudid presto! ¡Mi señor ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la princesa Micomicona!»



64. «¡Acudid presto! ¡Mi señor ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la princesa Micomicona!»



La descomunal batalla de Don Quijote con unos cueros de vino

Oyeron gran ruido en el aposento, y que don Quijote decía a voces:

— «Tente, ladrón, malandrín, que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimarría!»

El caballero estaba soñando que reñía una batalla con el gigante enemigo de la princesa Micomicona, y daba grandes cuchilladas a unos cueros de vino que el ventero tenía allí almacenados.

Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante, y no la encontraba...

— «Todo lo de esta casa es encantamiento, que no aparece la cabeza que vi cortar, y la sangre corría como una fuente.»

— «¿Qué sangre ni qué fuente? ¿No ves que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que están horidados y el vino que mana de ellos?», gruñó Juan Palomeque.

El cura tranquilizó al desconfiado ventero, prometiéndole que le pagaría la reparación de los cueros de vino.

Tenia Dorotea de las manos a don Quijote, el cual, creyendo que se hallaba delante de la princesa, le dijo:

— «Bien puede vuestra grandeza vivir segura, y regresar a su reino de Micomición, que el gigante ya no podrá impedirlo.»

Dorotea le dio las gracias, y como su reino estaba camino del pueblo de don Quijote, allí se despedirían. Con esto, el Caballero de la Triste Figura volvió a dormirse y todos se retiraron del aposento.

A poco, Sancho, que había descubierto que la doncella Dorotea no era de ninguna manera princesa, subió al camaranchón de don Quijote y le despertó...

— «Levántese vuestra merced, y verá a la princesa Micomicona convertida en una doncella, llamada Dorotea.»

Don Quijote no podía creer tal cosa, pero vistiéndose rápidamente, habló con Dorotea, la cual, por favorecer el regreso del caballero a su aldea, le explicó:

— «Quienquiera que os dijo que ya no soy la princesa, no os dijo la verdad.»

El hidalgo quedó convencido, pero furioso por el embuste de su escudero, que pensaba que lo que allí estaba ocurriendo era cosa de encantamiento. Desde luego, todo era muy misterioso para Sancho, por eso no se sorprendió cuando llegaron a la venta unos pasajeros recién venidos de tierra de moros.



65. «Tente, ladrón, malandrín, que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimarría!»



66. Pero no eran gigantes los que don Quijote acuchillaba, sino cueros de vino...



67. El cura tranquilizó al desconfiado ventero prometiéndole que él pagaría la reparación de los cueros de vino.



69. «Quienquiera que os dijo que ya no soy la princesa, no os dijo la verdad.»

68. «Levántese vuestra merced, y verá a la princesa Micomicona convertida en una doncella, llamada Dorotea.»



70. Llegaron a la venta unos pasajeros recién venidos de tierra de moros.



DANONE

La historia del cautivo



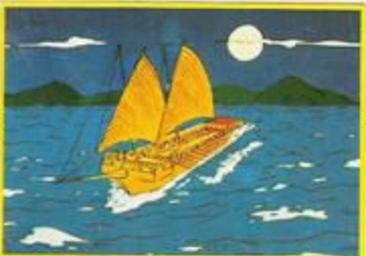
71. «Contaré a vuestras mercedes la historia de mi cautiverio en Argel...»



72. «Quedé prisionero en la memorable batalla de Lepanto.»



73. «Alcé los ojos y vi a Zoraida asomada a la ventana.»



74. «Al fin, después de tantas aventuras, llegamos a las costas de España.»



75. «¡Devuélveme mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos que me robasté!»

Pero los demás huéspedes sí estaban sorprendidos de las extrañas vestiduras que los recién llegados traían y que les hacían parecer árabes...

—«Contaré a vuestras mercedes la historia de mi cautiverio en Argel», dijo el hombre.

Se había enrolado, como capitán, en la escuadra que mandaba don Juan de Austria, y aunque habían derrotado a los turcos, él tuvo mala suerte...

—«Quedé prisionero en la memorable batalla de Lepanto.»

Don Quijote, el cura, maese Nicolás y Dorotea escuchaban con admiración el relato del cautivo, el cual había sido trasladado luego a Argel, y allí aguardaba la ocasión de escaparse cuando, estando un día en el patio de su prisión, donde caían las ventanas de la casa de un moro rico, sucedió algo inesperado...

—«Alcé los ojos y vi a Zoraida asomada a la ventana.»

Era la hija de Agü Morato, el moro rico, y estaba conmovida por la desgracia del capitán cristiano. Así, decidió ayudarlo, proporcionándole, a escondidas de su padre, dinero para que comprase una embarcación en la que escapar.

Tras muchos riesgos, que estuvieron a punto de hacer fracasar su empresa, el capitán y Zoraida, con otros cristianos cautivos, lograron hacerse a la vela, alejándose de aquellas tierras.

—«Al fin, después de tantas aventuras, llegamos a las costas de España», terminó el capitán su relato.

Todos felicitaron al ex cautivo y a la bella Zoraida por el final feliz de su historia, y Dorotea se ofreció para que su padre apadrinara la boda de los dos enamorados.

En esto, se oyeron grandes voces, que venían de la cuadra de la venta. El cura y el ventero acudieron allí para ver qué sucedía. En la cuadra se habían encontrado Sancho y el barbero al que don Quijote conquistó la bacía dorada, y así como los dos hombres se reconocieron, se enzarzaron en una pelea...

—«¡Devuélveme mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos que me robasté!», decía el barbero, y Sancho le respondía que todo aquello había sido ganado en leal batalla.

El cura puso paz entre los dos contendientes...

—«Aquí tenéis ocho reales por vuestra bacía, que don Quijote cree que es el yelmo de Mambrino.»

Con esto, el barbero quedó contento, y, aparejando su borrico con la albarda, que también había recuperado, se fue de la venta, siguiendo su camino.



76. «Aquí tenéis ocho reales por vuestra bacía que don Quijote cree que es el yelmo de Mambrino.»



Los extraños sucesos de la venta

Dos trajinantes que paraban en la venta, se fueron de ella sin pagar la posada. Juan Palomeque los descubrió, exigiéndoles lo que le debían. Los dos granujas la emprendieron a mojicones con el ventero. Maritornes oyó los gritos de su amo y avisó a don Quijote. Este pidió permiso a Dorotea para favorecer al vapuleado ventero, y saltó sobre Rocinante, saliendo a la puerta...

—«¡Deteneos! ¡Con el permiso de la princesa Micomicona, acudo en vuestra ayuda, señor alcalde!»

Los trajinantes pusieron pies en polvorosa. Para prevenir nuevos desafueros, don Quijote se quedó haciendo la guardia de lo que él creía castillo.

Al verle Maritornes desde el ventanuco de su cuarto, quiso gargarle una broma, y le llamó...

—«¿En qué puedo servirlos, señora?», dijo el caballero, que no había reconocido a la moza. Maritornes le contó que su padre la tenía secuestrada, por no querer casarla con un joven de quien ella estaba enamorada, y por eso solicitaba su valerosa ayuda.

Don Quijote intentó arrancar la reja del ventanuco para que la dama pudiera escaparse, pero al alargar una mano, Maritornes se la ató por la muñeca a la reja. El Caballero de la Triste Figura imaginó que había sido colgado por obra de algún encantamiento. Poco después, cayó, dando con su cuerpo en tierra. Molido por la caída, se quitó la armadura, cuando sonaron unos fuertes golpes.

—«Caballeros, no llaméis a estas horas a las puertas del castillo. Aclarando el día, bajaremos el puente levadizo», gritó don Quijote. Empujando el portón, entraron varios cuadrilleros que buscaban posada, y uno de ellos dijo:

—«¿Qué diablos de castillo y de qué puente habláis? Venta es, y quien diga otra cosa está loco de remate.»

Don Quijote se enfureció al oírse llamar loco y, de un mandoble, desarmó al atrevido, diciéndole:

—«Mentís como bellaco, villano.»

Acudieron el cura y el ventero y el cuadrillero, mirando a don Quijote, declaró:

—«Traigo un mandamiento para prender a este caballero, por haber dado libertad a unos galeotes.»



77. «¡Deteneos! ¡Con el permiso de la princesa Micomicona, acudo en vuestra ayuda, señor alcalde!»



78. Don Quijote estaba fuera de la venta, haciendo la guardia de lo que él creía castillo.



79. Maritornes quiso gargarle una broma, y le llamó.



80. El Caballero de la Triste Figura imaginó que había sido colgado por obra de algún encantamiento.



81. «Mentís como bellaco, villano.»

82. «Traigo un mandamiento para prender a este caballero, por haber dado libertad a unos galeotes.»





83. El licenciado contó al cuadrillero la locura de don Quijote, y cómo, por ella, había hecho lo que hizo.



84. Los cuadrilleros, disfrazados como gente encantada, sacaron a don Quijote de su lecho, sin que él se despertase.



85. Al despertar, don Quijote se vio enjaulado y encima de un carro.



86. «Muchas historias he leído de caballeros andantes encantados, pero jamás que los llevaran de esta manera.»



87. «Doy palabra de no escapar, cuanto más que estando encantado, no tengo libertad para hacerlo.»

El encantamiento de Don Quijote

Mientras el ventero se llevaba a don Quijote a su lecho, para que reposara del cansancio de tantos incidentes, el licenciado informó al cuadrillero de la locura de su amigo, y cómo, por ella había hecho lo que hizo. Entonces, concertaron un plan para llevar al pobre don Alonso a su casa...

Al llegar el alba, los cuadrilleros, disfrazados como gente encantada de aquel castillo, sacaron a don Quijote de la cama, sin que él se despertase, y saliendo todos de la venta, metieron al dormido caballero dentro de una jaula hecha de palos que había sobre una carreta de buyes. Luego se pusieron en marcha hacia el pueblo de nuestro hidalgo.

Al despertar, don Quijote se vio enjaulado y encima de un carro. Los cuadrilleros, disfrazados, custodiaban la carreta, y Sancho —que no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo— iba detrás, montado sobre su burro y llevando de las riendas a Hocinante.

Don Quijote llamó a su escudero y le dijo:

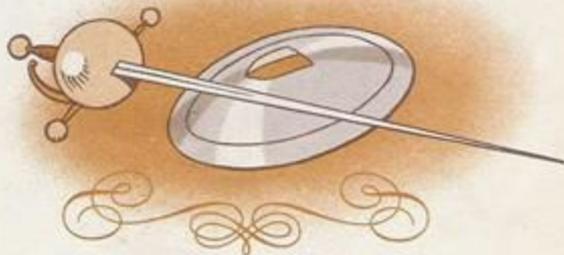
—«Muchas historias he leído de caballeros andantes encantados, pero jamás que los llevaran de esta manera.»

Llegaron a un valle, donde desuncieron a los buyes para que descansaran, y Sancho rogó al cura que dejase salir a don Quijote de la jaula...

—«Yo doy palabra de no escapar —terció éste—, cuanto más que estando encantado, no tengo libertad para hacerlo.»

Con esta promesa, le dejaron salir de su encierro, y a la sombra de unos árboles se sentaron y comieron.

En aquel valle había una ermita, a la que se dirigía una procesión desde una aldea cercana. Don Quijote, que vio los extraños trajes de las gentes que formaban la procesión, se imaginó que era cosa de aventura.



88. Había en aquel valle una ermita, a la cual se dirigía una procesión desde una aldea cercana.



DANONE

El regreso a la aldea

Viendo que se le ofrecía otra aventura, llegó a Rocinante, montó en él, embrazó la adarga, se armó de su lanza y gritó a sus sorprendidos acompañantes:

—«Ahora veréis cuánto importa que haya en el mundo caballeros andantes.»
Apretó los talones a su caballo, y se fue a encontrar con las gentes de aquella procesión...

—«Vosotros, que, por no ser buenos, os cubrís los rostros, dejad libre a la señora que lleváis cautiva.»

Por estas razones cayeron todos en la cuenta que aquel debía de ser algún loco, y se rieron de buena gana. Don Quijote arremetió a los que llevaban las andas de la imagen que iba en procesión. Uno de ellos le dio tal golpe, que lo derribó en el suelo.

En esto llegaron los amigos del pobre caballero, y Sancho rompió a llorar amargamente...

—«¡Oh flor de la caballería! ¡Con sólo un garrotazo, acabaste la carrera de tus gastados años!»

Con los lamentos de su escudero revivió don Quijote...

—«Ayúdame a ponerme en el carro encantado, que ya no estoy para montar a Rocinante, porque tengo este hombro hecho pedrazos.»

La procesión siguió su camino, los cuadrilleros se despidieron del cura y del barbero, y Sancho puso a don Quijote en el carro.

Al cabo de seis días, llegaron a la aldea. Dorotea prosiguió en el carro de bueyes hasta su pueblo, para reunirse con su padre, y maese Nicolás y el licenciado le agradecieron lo que por don Quijote había hecho.

Cuando el molido caballero llegó a su hogar, la sobrina se alegró mucho de verle, pero el ama se lamentó de su aspecto tan malparado...

—«Malditos libros de caballerías —dijo—, que por su culpa volvéis a casa tan flaco y amarillo.»

Entretanto, Sancho había regresado con su familia, y Teresa, su mujer, salió a recibirle alborozada...

—«¿Qué has sacado de tus escuderas? ¿Qué nos traes a Sanhica y a mí?»
le dijo, echándose en sus brazos.

El ama y la sobrina acostaron a don Alonso Quijano y le cuidaron para que se repusiera cuanto antes.

Don Quijote ya estaba en su casa, pero todos pensaban que, cuando mejorase, saldría en busca de nuevas aventuras.



89. «Ahora veréis cuánto importa que haya en el mundo caballeros andantes...»



90. «¡Oh flor de la caballería! ¡Con sólo un garrotazo, acabaste la carrera de tus gastados años!»



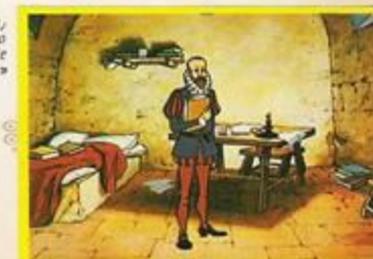
91. Al cabo de seis días, llegaron a la aldea de don Quijote.



92. «Malditos libros de caballerías, que por su culpa volvéis a casa tan flaco y amarillo.»



94. «Don Quijote ya estaba en casa, pero todos pensaban que, cuando mejorase, saldría en busca de nuevas aventuras.»



Don Quijote de la Mancha



Edita: **DANONE** - Barcelona

Es una promoción **TRANSPLASTIC S.A.** - Madrid

©1978 **CRUZ DELGADO - JOSE ROMAGOSA**

Licencia de **ROMAGOSA INTERNATIONAL
MERCHANDISING. S. A.**

Realización Publicitaria: **CARTOON STUDIOS** - Barcelona



Colección de 94 cromos
gratis con todos los
productos **DANONE**

15 pts